

Los niños de Falkenried

El tesoro del bosque



MATHIAS K. GÜNTHER



Los niños de Falkenried

El tesoro del bosque

Mathias K. Günther



Para Valeria y Zoe.

*Porque todo niño merece
un poco de aventura.*



CAPÍTULO 1

Un cazador como Zomphyr





Matti quería ser cazador. No tal vez algún día, ni solo por unos cuantos días. Matti lo tenía decidido desde hacía mucho. Cuando fuera grande, llevaría un arco, recorrería los bosques y sabría leer huellas que a los demás les parecerían simples marcas en el barro.

Pero, sobre todo, quería ser un cazador como Zomphyr Silberfarn. Matti había visto a Zomphyr muchas veces en el pueblo. A veces estaba en el Roter Falke, con Haldor; otras, hablaba con Eberwin, el jefe del pueblo, y otras regresaba del bosque con su gran arco blanco al hombro. Ese arco impresionaba mucho a Matti.

El suyo era bastante más pequeño. Lo había hecho con una rama de avellano que encontró junto al bosque. La cuerda la había sacado de una caja de su casa donde guardaban cosas viejas. Matti pensaba que un arco era una buena razón para sacar una cuerda de allí. Su madre no opinaba lo mismo. Aun así, le permitió quedarse con el arco, aunque nunca le acertaba a nada. Quizá precisamente por eso.

Aquella mañana, Matti estaba detrás de su casa, apuntando a una cubeta puesta boca abajo. Cerró un ojo, tensó la cuerda y la soltó. La flecha pasó de largo



junto a la cubeta. También pasó de largo junto al árbol que había detrás. Después desapareció entre la hierba y Matti la perdió de vista.

«Casi».

«Casi, casi le das, sí».

Lene estaba sentada en la cerca y lo había visto todo. Matti se sonrojó.

«Ni siquiera le diste al árbol».

«Tampoco quería darle al árbol».

«Pero a la cubeta sí».

Matti dejó el arco a un lado. «Seguro que Zomphyr tampoco acierta siempre».

Lene lo pensó. «Seguro». Esa respuesta le gustó a Matti. Entonces ella añadió: «Pero probablemente más veces que tú».

Eso le gustó menos.

La hierba se movió junto a la cubeta. Poco después apareció Kuno. El pequeño perro marrón llevaba la flecha de Matti en el hocico y movía la cola, orgulloso.



«¿Ves?», dijo Matti. «Para eso tengo un lobo de caza».

Lene miró a Kuno. Kuno mordisqueaba la flecha.

«Es un perro».

«Un perro es igual que un lobo, solo que un poquito más pequeño».

«Tiene las orejas caídas».

«Seguro que algunos lobos también».

«No».

Matti le quitó la flecha a Kuno. «Tú no sabes todo sobre los lobos».

«Tú tampoco».

Matti no encontró una buena respuesta. Por suerte, en ese momento Piet apareció por una esquina de la casa. Piet tenía siete años: dos menos que Lene y tres menos que Matti. Llevaba una bolsita de tela al hombro.

«¿Qué hay ahí?», preguntó Matti.

«Comida».

«¿Por qué?».



Piet lo miró como si Matti hubiera hecho una pregunta muy extraña. «Porque a uno le da hambre».

«Pero si todavía no vamos a ninguna parte».

«Pero seguro que dentro de un rato vas a querer ir al bosque».

Matti abrió la boca. Luego volvió a cerrarla. Lene sonrió con picardía.

«Te conoce».

Claro que Matti quería ir al bosque. Hacía un día hermoso y en Falkenried no había nada emocionante que hacer. Además, el día anterior había visto a Zomphyr junto al bosque. Quizá encontrara huellas allí. Tal vez incluso las de un ciervo.

Matti tomó su arco. «Vamos a cazar».

Piet miró dentro de su bolsa. «Solo tengo tres manzanas».

«No vamos a cazar manzanas».

«Ya lo sé».

«Entonces, ¿qué vamos a cazar?», preguntó Lene.

Matti lo pensó. Por supuesto, no tenían permiso para cazar animales.



«Huellas».

Lene saltó de la cerca. «Las huellas no salen corriendo».

«Mejor todavía».

Piet asintió. «Entonces podemos comer por el camino».

Kuno ladró. Y así quedó decidido.





Los cuatro se pusieron en marcha. Matti iba delante. A su lado caminaba Kuno, con la nariz muy cerca del suelo. A Matti le parecía que se veía como todo un lobo de caza. Seguramente ya estaba buscando huellas. En realidad, buscaba algo para comer.

Cruzaron la plaza del pueblo. Aquella mañana, Falkenried llevaba un buen rato despierto. De la herrería llegaban golpes de martillo. Con cada golpe se oía el sonido claro del metal. Un poco más allá, un hombre cruzaba la calle con una cesta de leña, y dos gallinas salían corriendo delante de él, aunque ni siquiera le habían estorbado.

Haldor Dorn estaba frente al Roter Falke. El posadero tenía un barril delante e intentaba hacerlo rodar sobre un pequeño desnivel del suelo.

Matti redujo el paso. Quizá Haldor les preguntara adónde iban. Entonces podría decir: al bosque. Eso sonaba bien.

Haldor levantó la vista. Miró a Matti, después a Lene, luego a Piet y, por último, a Kuno.

«¿Adónde van ustedes cuatro?».

«A cazar», dijo Matti.



Haldor se detuvo. «¿Qué?».

«Solo huellas», añadió Lene.

«Ah». Haldor miró el pequeño arco de Matti. «¿Y para qué hace falta un arco si van a cazar huellas?».

Matti respondió enseguida. «Un cazador necesita un arco».

«Entiendo». Haldor asintió muy serio. «Yo también necesito una jarra para ser posadero».

«¿Ves?».

«Pero no me la llevo a la cama».

Lene se rio. Matti no entendió qué tenía eso de gracioso.

Haldor apoyó una mano en el barril. «No se salgan de los caminos».

«No lo haremos».

«Y no vayan muy lejos».

«Eso tampoco».

«Y si ven a Zomphyr, déjenlo tranquilo».

Matti frunció el ceño. «¿Por qué?».

«Porque quizá tenga algo que hacer».



«Yo no lo molestaría».

Lene carraspeó. Matti la miró.

«¿Qué?».

«Nada».

Haldor sacudió la cabeza sonriendo. «Estén de vuelta antes de la cena».

Piet levantó su bolsa. «Traje comida».

«Claro que sí».

Haldor volvió a ocuparse de su barril. Los niños siguieron caminando.

Poco antes de salir de la plaza, pasaron por la casa de Mara. La curandera estaba junto a la puerta, colgando pequeños manojos de hierbas para que se secaran.

Piet se detuvo. «¿Qué es eso?».

Mara lo miró. «Milenrama».

«¿Para qué sirve?».

«Para varias cosas».

Piet se acercó. «¿Cuáles?».

Matti tomó a su hermano del brazo. «Piet».



«¿Qué?».

«Íbamos al bosque».

«Solo estoy preguntando».

Mara sonrió. «Ve con ellos. Te lo explicaré otro día».

Piet dejó que lo llevaran. Después de unos pasos, volvió a mirar atrás.

«¡No te olvides!».

«¡Lo prometo!», respondió Mara.

Ya solo les quedaba llegar al borde del pueblo. Más allá empezaba el bosque. Matti se acomodó el arco al hombro. Ahora sí podía comenzar la cacería.



CAPÍTULO 2

El lobo peligroso





En el bosque hacía más fresco que en el pueblo. La luz del sol se filtraba entre las hojas y dibujaba manchas claras en el suelo. Por todas partes se oían crujidos y susurros. Los pájaros cantaban en las copas de los árboles, y en algún lugar un pájaro carpintero golpeaba un tronco.

A Matti le gustaban esos sonidos. Allí podía haber algo esperando detrás de cada arbusto. Una liebre. Un corzo. Quizá incluso un lobo. Aunque Matti esperaba que no fuera un lobo. Un lobo de verdad era muy distinto de Kuno.

«Silencio», dijo.

Piet lo miró. «¿Por qué?».

«Los cazadores no hacen ruido».

Piet asintió. Después dio tres pasos.

«¿Nada de ruido?».

«Casi nada».

Otros tres pasos.

«¿Puedo seguir hablando?».

«Si es importante».

Piet lo pensó. «¿Cuándo comemos?».



Matti suspiró. Lene se rio.

De pronto, Kuno se detuvo. El perro olfateó el suelo. Matti levantó una mano de inmediato.

«¡Alto!».

Todos se detuvieron. Esta vez, hasta Piet. Matti se agachó.

En la tierra blanda se distinguía claramente la huella de una pata. Su corazón empezó a latir más rápido. Por fin. Se inclinó sobre ella, tal como había visto hacer a Zomphyr.

«Lobo».

Lene se acercó. «Perro».

Matti la miró. «No puedes decir perro cada vez».

«Sí puedo, si cada vez es un perro».

Señaló a Kuno. El perrito se había alejado unos pasos. Cuando volvió, pisó justo al lado de la huella. Su pata dejó una marca idéntica.

Piet observó las dos huellas. «A lo mejor Kuno sí es un lobo».

Matti asintió, satisfecho. «Eso llevo diciendo todo este tiempo».



Lene siguió caminando. «Ustedes dos son imposibles».

Matti fue tras ella. «Un cazador de verdad sabe leer huellas».

«Entonces parece que todavía tienes que practicar».

Matti ya lo sabía. Pero Lene no tenía por qué enterarse.

Encontraron más huellas. Una sí era de un corzo. Esta vez, tampoco Lene estaba segura. Matti observó la marca durante un buen rato.

«Ciervo», dijo.

«Corzo», dijo Lene.

«Quizá un ciervo».

«Quizá un corzo».

Piet se sentó en un tronco caído. «Quizá ya podamos comer una manzana».

En eso estuvieron todos de acuerdo.

Hicieron una pausa. Piet repartió las manzanas. De verdad había traído tres. Matti miró a Kuno.

«¿Y a él qué le toca?».



Piet apretó su manzana contra el pecho. «Nada».

Kuno se sentó frente a él.

«No».

Kuno ladeó la cabeza.

«Eso no sirve».

El perro levantó una pata.

Piet lo miró con desconfianza. «Eso no se vale».

Lene mordió su manzana. «Sabe lo que hace».

Al final, Piet arrancó un pedacito. «Solo esto».

Kuno se lo tragó. Después volvió a sentarse.

Piet suspiró. «Ese era tu pedazo».

Kuno esperó.

«En serio».

Matti sonrió con picardía. «Los lobos siempre tienen hambre».

«Los perros también», dijo Lene.



CAPÍTULO 3

El otro camino





Después de la pausa, siguieron caminando. Conocían aquella parte del bosque. El camino daba una gran vuelta hasta Falkenried y, si lo seguían, estarían de regreso en el pueblo por la tarde. Ese era el plan.

Entonces Kuno desapareció entre los arbustos.

«¡Kuno!».

Matti corrió tras él. Lene le gritó algo, pero él no escuchó bien. El perro no había llegado lejos. Detrás de los arbustos, estaba bajo un haya, olfateando con entusiasmo.

Matti estaba a punto de llamarlo para que regresara. Entonces descubrió un sendero estrecho. Pasaba entre dos árboles y se internaba en el bosque.

Lene y Piet se acercaron.

«Aquí estás», dijo Lene.

«Miren».

Matti señaló el sendero.

«¿Qué?».

«Hay un camino».



Lene se volvió. «Ahí también».

Detrás de ellos estaba el camino ancho que llevaba a Falkenried.

«Pero ese ya lo conocemos».

«Por eso sabemos cómo volver por él».

Matti volvió a mirar el sendero estrecho. La hierba estaba aplastada en algunos lugares. Alguien debía de haber pasado por allí. Tal vez un cazador. Tal vez Zomphyr. A Matti le gustó la idea.

«Solo vamos a mirar un momento».

Piet negó con la cabeza. «Haldor dijo que no nos saliéramos del camino».

«Esto es un camino».

«No es nuestro camino», dijo Lene.

Matti sintió que se enojaba cada vez más. Solo quería echar un vistazo. ¿Qué podía pasar?

«Seguro que Zomphyr también pasa por ahí».

«Zomphyr conoce el bosque».



«Entonces tuvo que conocerlo por primera vez algún día».

Lene cruzó los brazos. «Además, es un adulto».

«Siempre dices eso».

«Porque es verdad».

Matti miró el sendero. Quizá hubiera algo emocionante por allí. Y si regresaban ahora, nunca lo sabrían.

«Solo hasta la próxima curva».

Lene suspiró. «Eso dices ahora».

«Solo hasta la próxima curva».

Matti echó a andar. Kuno lo siguió enseguida. Al cabo de unos momentos oyó pasos detrás de él. Lene y Piet también iban. Matti sonrió. Sabía que lo acompañarían.

Después de la curva no había ninguna cabaña. Ningún ciervo. Ningún lobo. Solo más bosque.

«Entonces, volvamos», dijo Lene.



Matti estaba a punto de aceptar. Entonces Kuno ladró. El perro salió corriendo.

«¡Hay algo!».

Matti lo siguió. Esta vez ya no oyó a Lene decir que debían regresar. Porque delante de ellos el bosque se abría. En un pequeño claro había un enorme roble viejo. Y Kuno escarbaba entre sus raíces.



CAPÍTULO 4

Un tesoro de verdad





Cuando Matti llegó al roble, Kuno ya había cavado un pequeño hoyo.

«¿Qué encontraste?».

El perro siguió escarbando. Entonces algo brilló en la tierra.

Matti lo tomó. Era un pequeño objeto de metal. Lo frotó para quitarle la tierra. Apareció una hebilla. Se había puesto verdosa y estaba doblada de un lado.

«Un tesoro».

Lene se la quitó de la mano. «Una hebilla».

«Una hebilla muy antigua».

«Una hebilla muy antigua y rota».

Piet la observó. «Tal vez era de un caballero».

«Seguro», dijo Matti.

Lene le devolvió la hebilla. «Tal vez alguien simplemente perdió su cinturón aquí».



Matti negó con la cabeza. «De verdad haces que todo sea aburrido».

«No lo hago aburrido. Solo digo lo que pudo pasar».

Mientras tanto, Piet se había arrodillado junto a Kuno. «Aquí hay algo más».

Entre las raíces sobresalía un pedazo de madera. Matti se acercó de inmediato. Juntos apartaron las hojas. Apareció una esquina. Luego otra.

Lene también se arrodilló. «Es una caja».

Matti la miró. «¿Una caja aburrida?».

Lene no respondió. Matti sonrió con picardía. Ahora ella sentía tanta curiosidad como él.

Cavaron con las manos. Piet encontró una piedra plana y la usó como pala. Kuno también cavó, aunque en el lugar equivocado.

Poco a poco, la caja quedó al descubierto. Era pequeña y de madera oscura. Unas tiras de metal oxidadas cruzaban la tapa.



Matti apenas podía quedarse quieto. Un tesoro de verdad. En medio del bosque. Y él lo había encontrado. Ahora Lene seguramente dejaría de decir que había sido una mala idea salirse del camino.

«Tenemos que sacarla».

Matti sujetó un asa de metal. Lene lo ayudó. La caja apenas se movió.

«Piet, ayuda».

Piet dejó su piedra y se acercó. Los tres jalaron.

Nada.

«Otra vez».

Jalaron con más fuerza. La caja se movió un poquito hacia delante.

Al mismo tiempo, Matti oyó un crujido suave. Se detuvo.

«¿Oyeron eso?».



«¿Qué?», preguntó Piet.

Entonces el suelo cedió bajo sus pies.

Piet gritó.

Matti intentó sujetarlo del brazo.

Demasiado tarde.

Su hermanito desapareció bajo tierra.



CAPÍTULO 5

El hoyo





«¡Piet!».

Matti se arrojó de rodillas. Donde Piet había estado, ahora se abría un hoyo oscuro. Lene sujetó a Matti del hombro.

«¡No te acerques más!».

«¡Piet!».

Por un momento no se oyó nada. Entonces llegó una voz desde abajo.

«Estoy aquí».

Matti volvió a respirar. «¿Estás herido?».

«Creo que sí».

«¿Cómo que crees?».

«Me duele el pie».

Lene se acostó boca abajo con cuidado y miró dentro del hoyo. «¿Puedes levantarte?».

Abajo, Piet se movió. Entonces lo oyeron tomar aire de golpe.

«No».

Matti se acercó arrastrándose. El hoyo era profundo. Mucho más de lo que había imaginado. Al parecer,



bajo la delgada capa de tierra había una vieja cavidad. A los lados todavía se distinguían unas tablas podridas.

«Voy a sacarte».

Matti se acostó y estiró el brazo hacia abajo. Piet levantó la mano. No alcanzaban a tocarse.

«Un poco más».

Matti se deslizó hacia delante.

«Matti», dijo Lene.

«Ya casi lo alcanzo».

«No».

«¡Sí!».

Se inclinó más sobre el borde. Cayó un poco de tierra. De pronto, Lene lo agarró del cinturón y tiró de él.

«¡Basta!».

Matti intentó soltarse. En ese momento, un pedazo de tierra se desprendió del lugar donde había apoyado el brazo. Cayó al fondo.

Matti se quedó inmóvil. Si Lene no lo hubiera apartado, quizá él también habría caído.



«Necesitamos ayuda», dijo ella.

Matti se sentó. «Voy a sacarlo de ahí».

«¿Cómo?».

«Con una rama».

«Tendría que ser muy larga».

«Entonces buscamos una».

«¿Y si Piet no puede trepar? Le duele el pie».

Matti miró dentro del hoyo. Piet estaba sentado en el fondo, mirando hacia ellos.

«También tengo frío».

Matti sintió un nudo en el estómago. Se había olvidado del tesoro. Se había olvidado del arco. Hasta de Zomphyr se había olvidado por un momento. Su hermanito estaba allá abajo. Y Matti no sabía cómo sacarlo.

Aun así, lo intentaron. Matti encontró una rama larga. No llegaba lo bastante abajo. Lene ató la cuerda del arco de Matti a su cinturón. Juntos seguían siendo demasiado cortos.

Gritaron pidiendo ayuda. Nadie respondió.



«Tenemos que volver al pueblo», dijo Matti.

Lene lo miró. «¿Sabes dónde está?».

Matti se volvió. Entre los árboles, todo se veía igual. Todavía se distinguía el sendero estrecho. Pero ¿después de unas cuantas curvas? Matti no lo sabía.

«Más o menos».

«Más o menos no basta».

«Uno de nosotros tiene que buscar ayuda».

«¿Y si también se pierde?».

Piet gritó desde abajo: «Por favor, no se vayan los dos».

Matti volvió a sentarse. Lene se quitó la chaqueta.

«¿Qué haces?».

«Piet tiene frío».

Dejó caer la chaqueta con cuidado dentro del hoyo. Piet se la puso.

«Gracias».

«De nada».

Matti miró a su hermano. «Es mi culpa».



Lene guardó silencio. Matti esperó.

«Se supone que debes decir que no es cierto».

«Pero tú querías venir aquí».

Matti hizo una mueca. «Ya lo sé».

«De todos modos, nosotros vinimos contigo».

«Ustedes querían regresar».

«Sí».

Matti se abrazó las rodillas. «Solo quería ser como Zomphyr».

La voz de Piet salió del hoyo. «Seguro que Zomphyr no se habría caído».

Matti cerró los ojos. «Gracias, Piet».

«De nada».

Lene no pudo evitar reírse. Un momento después, Matti también se rio. Solo un poco. Aun así, ayudó.



CAPÍTULO 6

Kuno tiene una idea





Kuno había pasado todo ese tiempo olfateando inquieto alrededor del hoyo. Ahora se acercó a Matti y lo empujó suavemente con la nariz.

«¿Qué?».

Kuno gimió.

«No tengo comida».

El perro se alejó unos pasos. Después regresó.

«¿Qué quieres?».

Kuno volvió a alejarse. Esta vez llegó más lejos.

Matti se levantó. «¡Kuno!».

El perro desapareció entre los árboles.

«¡Kuno! ¡Regresa!».

Nada.

Matti se quedó mirando hacia donde se había ido.

«No puede ser».

Lene estaba a su lado. «Quizá va a casa».

«¿Cómo va a saber por dónde ir?».

Lene lo miró. «Es un perro».



Matti miró hacia el bosque. «Mi lobo de caza me está abandonando».

«Tal vez tu perro esté siendo más listo que nosotros».

Matti quiso llevarle la contraria. No lo hizo.

Esperaron. Y esperaron.

Desde abajo, Piet les contó que había encontrado su segunda manzana.

«Cómetela», dijo Lene.

«¿Toda?».

«Toda».

«Entonces Kuno no va a recibir nada».

Matti miró hacia donde el perro había desaparecido.

«Kuno ya encontrará algo».

Piet se comió la manzana.



CAPÍTULO 7

La búsqueda

En Falkenried notaron enseguida el regreso de Kuno. El perrito salió corriendo del bosque, solo. Tenía las patas sucias y hojas prendidas al pelo.

Cruzó la plaza y fue directo al Roter Falke. Haldor seguía frente a la casa. Esta vez el barril ya no estaba.

«Bueno, ¿dónde dejaste a los demás?».

Kuno ladró. Haldor miró hacia el bosque. Después volvió a mirar al perro.

«¿Matti?».

Kuno volvió a ladrar. Haldor lo conocía lo suficiente para saber que algo andaba mal.

Poco después, otros vecinos también estaban enterados. Los niños todavía no habían regresado. Y Kuno había llegado solo.

Zomphyr se enteró mientras atravesaba Falkenried.

«¿Adónde iban?», preguntó.

Haldor señaló el bosque. «A cazar huellas».



Zomphyr lo miró. «¿A cazar huellas?».

«Ni preguntes».

Kuno se acercó a Zomphyr y le olfateó la mano.
Zomphyr se agachó.

«¿Puedes llevarnos de vuelta?».

Kuno movió la cola.

«Espero que eso signifique que sí».

Haldor quiso acompañarlo. Otros también ofrecieron su ayuda. Zomphyr negó con la cabeza.

«Busquen primero por los caminos conocidos. Yo seguiré al perro».

Kuno echó a correr. Zomphyr fue tras él.



CAPÍTULO 8

Encontrados





Lene fue la primera en oír el ladrido. Se levantó de un salto.

«¡Kuno!».

Matti prestó atención. Allí estaba otra vez. Un ladrido. Luego crujieron unas ramas.

«¡Aquí!», gritó Matti. «¡Estamos aquí!».

Piet también gritó. «¡Hola!».

Kuno salió disparado de los arbustos. Justo detrás de él apareció Zomphyr.

Matti nunca se había alegrado tanto de verlo.

«¡Zomphyr!».

Zomphyr recorrió el claro con la mirada. Matti. Lene. El hoyo.

«¿Dónde está Piet?».

Matti señaló hacia abajo.

Zomphyr se acercó con cuidado al hoyo. «¿Piet?».

«Hola».

«¿Estás herido?».

«Mi pie».



Zomphyr se arrodilló. «¿Puedes moverlo?».

«Un poco».

«Bien. Entonces, ahora muévete lo menos posible».

Piet asintió.

Matti estaba a su lado. «Intentamos sacarlo».

Zomphyr observó la tierra desprendida del borde.

«Ya veo».

Matti bajó la cabeza. «Yo también estuve a punto de caerme».

Zomphyr lo miró un instante. No dijo nada.

Después se quitó la cuerda del hombro.

Zomphyr ató la cuerda al viejo roble. Tiró de ella.

Una vez. Dos veces. Después revisó el suelo.

Matti observaba cada movimiento. «¿Puedo ayudar?».

Zomphyr lo miró. «Sí».

Matti se enderezó. «¿Qué hago?».

«Sostén la cuerda».

Eso no sonaba muy importante. Aun así, Matti tomó la cuerda. Lene se puso a su lado.



«Yo ayudo».

Juntos la sujetaron con fuerza. Zomphyr descendió despacio al hoyo.

Piet lo miró acercarse. «De verdad viniste».

«Eso pensaba hacer».

«Kuno fue a buscarte».

«Así es».

«Matti dice que es un lobo».

Zomphyr miró hacia arriba. Matti se sonrojó.

«Eso lo aclaramos después».

Piet asintió.

Primero, Zomphyr le revisó el pie. Después lo levantó con cuidado. Con la ayuda de Lene y Matti, los dos lograron salir.

Por fin, Piet volvió a sentarse en tierra firme.

Matti se arrodilló enseguida junto a él. «¿Todo bien?».

«Todavía me duele el pie».

«Pero ya estás afuera».



Piet asintió.

Matti quiso abrazarlo. Entonces recordó el pie. Lo abrazó de todos modos, pero con mucho cuidado.

Solo entonces Piet se acordó de la caja.

«¡Zomphyr!».

«¿Mmm?».

«Nuestro tesoro».

Matti casi se había olvidado del tesoro. Zomphyr observó la vieja caja entre las raíces.

«¿Por eso estaban aquí?».

Matti tragó saliva. «La encontramos después».

«Eso no fue lo que pregunté».

Matti miró al suelo. «Nos salimos del camino».

Lene no dijo nada.

Matti podría haber contado que Kuno se había alejado primero. Y era verdad. Podría haber dicho que solo querían echar un vistazo. Eso también era cierto. Pero, de pronto, aquellas explicaciones le parecieron muy pequeñas.

«Lene quería regresar», dijo.



Zomphyr esperó.

«Piet también».

«¿Y tú?».

«Yo no».

«¿Por qué?».

Matti miró su arco. «Porque quería ser cazador».

Zomphyr lo observó un buen rato. Después se acercó a la caja.

«Entonces, por lo menos veamos cuánto valió su aventura».

Sacó la caja de la tierra con cuidado. La tapa estaba atascada. Entre todos la abrieron.

Adentro había unas monedas antiguas. Dos botones. Una llave oxidada. Y una pequeña figura de madera.

Piet la sacó con cuidado. Era un ciervo.

«¿Esto es un tesoro?».

Zomphyr tomó una de las monedas. «Alguna vez lo fue para alguien».

«¿Ahora somos ricos?», preguntó Piet.

«No».



Piet pareció decepcionado. Lene sonrió con picardía.

«Yo lo sabía».

«No, no lo sabías», dijo Matti.

«Es cierto».

Zomphyr volvió a dejar la moneda en la caja. «Nos llevaremos la caja. Tal vez Eberwin sepa a quién le perteneció».

Matti miró el pequeño ciervo en la mano de Piet. Por la mañana, el tesoro le habría dado una alegría enorme. Ahora había algo que le importaba más.

Piet ya estaba arriba otra vez.



CAPÍTULO 9

Lo que un cazador debe saber





Antes de regresar, Zomphyr se sentó junto a Matti. Piet estaba sentado en la hierba. Lene le dio algo de beber. Kuno estaba echado a su lado, jadeando satisfecho.

«Así que querías ser cazador», dijo Zomphyr.

Matti asintió. «Como tú».

«Eso ya lo dijiste».

«Tú también te sales de los caminos».

«Sí».

«Y no tienes miedo».

Zomphyr levantó una ceja. «¿Quién dice eso?».

«Nadie».

«Bien. Porque no es cierto».

Matti lo miró. «¿Tienes miedo?».

«Claro».

Eso no encajaba en absoluto con el Zomphyr que Matti se había imaginado.

«¿De qué?».

«De las cosas peligrosas».



«Pero entonces no puedes ser un cazador valiente».

Zomphyr sonrió. «¿Por qué no?».

Matti no supo qué responder.

Zomphyr recogió el pequeño arco de Matti del suelo.

«A veces el miedo nos dice que debemos tener cuidado. Eso es útil».

Observó el arma torcida. «Un buen cazador debe saber lo que puede hacer».

Matti asintió. Eso sonaba bien.

«Pero también debe saber lo que no puede hacer».

Matti guardó silencio.

«No pudimos sacar a Piet».

«No».

«Lo intenté de todos modos».

«Y casi te caíste tú también».

Matti miró sus zapatos. «Sí».

Zomphyr le devolvió el arco. «Cuando un peligro es demasiado grande, se busca ayuda».

«Pero entonces uno no lo logra solo».



«No».

Matti esperó. Zomphyr no añadió nada.

«¿Eso no es de cobardes?».

«¿Buscar ayuda?».

«Sí».

«No».

«Pero un héroe...».

Zomphyr lo interrumpió. «¿Quién dijo que tienes que ser un héroe?».

Matti lo miró. Nunca había pensado en eso.

«Solo quiero ser como tú».

Zomphyr guardó silencio un momento. «Entonces empieza por cuidar a tus compañeros».

Matti miró a Lene. Luego a Piet.

«Lene dijo que debíamos regresar».

«Entonces Lene tenía razón».

Lene sonrió con picardía. «Eso lo voy a recordar».

Matti puso los ojos en blanco.

Zomphyr se levantó. «Y otra cosa».



«¿Qué?».

«Siempre dile a alguien adónde vas».

«Haldor sabía que estábamos en el bosque».

«El bosque es grande».

Matti asintió. Ahora lo entendía mejor que por la mañana.

Zomphyr tomó la caja bajo un brazo. Piet apenas podía apoyar el pie, así que Zomphyr lo cargó a la espalda.

«¿Peso mucho?», preguntó Piet.

«Sí».

Piet pareció sorprendido. «¿De verdad?».

«No».

«Ah, bueno».

Matti caminaba a su lado. Esta vez no intentaba ir al frente del grupo. Se alegraba de que Zomphyr conociera el camino.

Después de un rato, Piet preguntó: «¿Cuándo llegamos?».

«Pronto».



Unos pasos más tarde: «¿Ya?».

«No».

Unos pasos más.

«¿Ya?».

Zomphyr miró por encima del hombro. «Piet».

«¿Sí?».

«Cuando aparezca Falkenried delante de nosotros, habremos llegado».

Piet lo pensó. «Está bien».

Hubo silencio por un rato. Después dijo: «Tengo hambre».

Matti se rio. «Pero si trajiste comida».

Piet buscó su bolsa. La abrió. Después miró dentro.

«Mi pan desapareció».

Todos miraron a Kuno.

Kuno caminaba unos pasos detrás de ellos. De su hocico colgaba un pedazo de tela.

Piet se quedó mirándolo. «¡Esa es mi bolsa!».

Kuno se detuvo.



«¡Kuno!».

El perro salió corriendo.

Piet se agitó sobre la espalda de Zomphyr. «¡Tiene mi comida!».

«Quédate quieto».

«¡Pero mi queso!».

Matti corrió tras Kuno. Por primera vez desde la caída, todos se rieron.



CAPÍTULO 10

De vuelta en Falkenried





Cuando llegaron a Falkenried, ya había varias personas esperando junto al bosque. Entre ellas estaba Haldor. También Eberwin.

Matti vio a sus padres. Y de pronto comprendió lo preocupados que habían estado.

Su madre corrió hacia él. Lo abrazó tan fuerte que su arco quedó atrapado entre los dos.

«¿Dónde estaban?».

Matti no sabía qué decir. «En el bosque».

No era una respuesta muy buena.

Su padre miró a Piet en la espalda de Zomphyr.

«¿Qué pasó?».

«Se cayó», dijo Matti. Después añadió en voz baja:

«Por mi culpa».

Zomphyr llevó a Piet directamente con Mara. La curandera lo sentó en una banca y le examinó el pie con cuidado.

Piet hizo una mueca.

«¿Te duele?», preguntó Mara.



«Sí».

Le movió un poco el pie. «¿Y así?».

«También».

«¿Y así?».

«Menos».

Mara asintió. «No creo que tengas nada roto. Pero vas a dejar descansar ese pie por un tiempo».

Piet pareció preocupado. «¿Cuánto?».

«Unos días».

«¿Puedo comer?».

Mara lo miró. «Claro».

Piet se relajó.

Matti estaba a un lado. Mara notó su mirada.

«Se va a recuperar».

Matti asintió. Solo entonces se dio cuenta de cuánto miedo seguía sintiendo.

Por supuesto, hubo regaños. Muchos regaños.



Matti tuvo que contar toda la historia. No solo a sus padres. Los padres de Lene también querían saber qué había ocurrido. Lene contó su parte y Piet también lo contó todo.

Piet contó incluso cosas que a Matti le parecían poco importantes. Por ejemplo, que Matti había creído que la primera huella era de un lobo.

«Eso no viene al caso», dijo Matti.

«Sí», dijo Piet. «Eso pasó al principio».

Nadie se rio. Al menos, no en voz alta.

Al final, Matti también contó que Lene y Piet querían regresar. Contó que él había seguido adelante de todos modos. Y contó que casi se había caído también en el hoyo.

Sus padres no estaban contentos. Por un tiempo, Matti no podría ir al bosque sin un adulto. No le quitaron el arco. Eso lo alivió.

Pero su padre dijo: «Tener un arco no te convierte en cazador».



Matti miró la rama de avellano. Ese día ya había oído esa frase de otra manera.

Quizá fuera verdad.

Al día siguiente, Piet todavía no podía apoyar bien el pie. Por eso los tres niños estaban sentados frente al Roter Falke. Kuno estaba echado debajo de la mesa. La vieja caja estaba delante de ellos.

Eberwin la había examinado.

«¿Y bien?», preguntó Matti con cautela.

Eberwin tomó la llave oxidada. «Antigua».

Matti se inclinó un poco hacia delante. «¿Muy antigua?».

«Muy antigua».

Lene miró las monedas. «¿Se puede saber de quién son?».

Eberwin hizo girar una entre los dedos. «Quizá. Pero no a primera vista».

«¿Crees que alguien escondió la caja ahí a propósito?», preguntó Matti.



«Es muy posible».

Los ojos de Matti brillaron. «¿Tal vez un ladrón?».

Eberwin sonrió levemente. «Tal vez».

«¿O un viajero?», preguntó Lene.

«Eso también sería posible».

Después, Eberwin miró a Piet. «O quizá incluso un niño».

Piet frunció el ceño. «¿Por qué un niño enterraría una caja?».

Eberwin se encogió de hombros. «Tal vez por la misma razón por la que los niños a veces desentierran cosas. Porque es emocionante».

Piet lo pensó.

«Podría ser».

«¿Y qué va a pasar ahora con la caja?», preguntó Lene.

«Primero intentaremos averiguar si perteneció a alguien o si alguien conoce su historia».



Piet tenía el pequeño ciervo de madera en la mano.
«¿Y puedo quedarme con él todavía?».

Eberwin observó la figura.

«Por ahora, sí».

Piet sonrió radiante. «Gracias».

Matti miró las monedas. Curiosamente, no le molestaba que quizá tuvieran que devolver el tesoro. Había encontrado algo mucho más importante.

Aunque todavía no sabía muy bien cómo llamarlo.



CAPÍTULO 11

Una verdadera cacería





Unos días después, el pie de Piet estaba casi recuperado. Matti estaba sentado frente a su casa, tensando de nuevo la cuerda de su arco.

Entonces una sombra cayó sobre el suelo. Levantó la vista. Zomphyr estaba frente a él.

Matti se puso de pie de un salto. «Hola».

«Hola».

Zomphyr miró el arco. «¿Todavía quieres ser cazador?».

Matti asintió. Luego vaciló. «Algún día».

«Bien».

Matti esperaba que Zomphyr siguiera de largo. Pero se quedó donde estaba.

«¿Qué vas a hacer mañana?».

«Nada».

«Eso suena aburrido».

Matti sonrió con picardía. «Sí».

«Entonces pregúntales a tus padres si puedes acompañarme por la mañana».

Matti lo miró sin poder creerlo. «¿Al bosque?».



«Ahí es donde se encuentran más huellas».

«¿De verdad?».

«Casi siempre».

Matti corrió hacia la puerta. Después se detuvo.

«¿Pueden venir Lene y Piet?».

Zomphyr lo miró.

Matti recordó lo que le había dicho en el claro.

Cuidar a sus compañeros.

«Si sus padres están de acuerdo», dijo Zomphyr.

Matti sonrió con picardía. «¿Y Kuno?».

Los dos miraron al perro. Kuno estaba echado en la hierba, roncando.

Zomphyr lo pensó durante un buen rato. «El lobo también puede venir».

Matti sonrió radiante.

A la mañana siguiente fueron juntos hasta el bosque. Esta vez, todos en Falkenried sabían adónde iban.

Matti llevaba su arco. Lene había traído una bolsita. Piet había empacado comida. Mucha comida. Y Kuno iba de un lado a otro entre ellos.



Poco después de entrar al bosque, Zomphyr se detuvo. Señaló el suelo.

«¿Qué ven?».

Matti se agachó enseguida. Una huella. La observó con atención.

Esta vez no quería decir simplemente lo primero que se le ocurriera. Lene se arrodilló junto a él. Piet también. Kuno olfateó un arbusto.

Matti volvió a mirar la marca. «¿Un corzo?».

Zomphyr asintió. «Un corzo».

Matti sonrió. «Lo sabía».

Lene lo miró. «Lo preguntaste».

Matti pensó un momento. «Es cierto».

Antes, eso le habría molestado. Hoy no.

Siguieron la huella. No muy lejos. Solo hasta donde Zomphyr les permitió.

Matti no iba siempre delante. A veces Lene tomaba la delantera. A veces Piet se detenía porque había descubierto algo. Y a veces todos tenían que esperar a Kuno, porque el lobo de caza había encontrado un palo especialmente interesante.



Al final no vieron al corzo. A Matti no le molestó.

Cuando regresaron a Falkenried, no había encontrado monedas. Ni una caja antigua. Ni un tesoro.

Aun así, había sido la mejor cacería de su vida.

Porque ese día Matti había comprendido algo: un buen cazador no tenía que demostrar que podía hacerlo todo solo. Tenía que saber cuándo podía seguir adelante, cuándo debía regresar y cuándo había llegado el momento de pedir ayuda.

Matti todavía quería ser como Zomphyr.

Solo que ahora entendía un poco mejor lo que eso significaba.

Tres amigos. Un perro fiel. Una gran aventura.



Matti quiere llegar a ser un cazador tan bueno como Zomphyr Silberfarn. Por eso tiene que practicar: caminar en silencio por el bosque, descubrir huellas y observar con mucha atención. Claro que, con Lene, su hermanito Piet y el perro Kuno, todo es mucho más divertido.

Pero cada uno tiene su propia idea de lo que hace que una salida sea buena. Lene no se cree cualquier cosa, Piet ha empacado comida y Kuno mete la nariz en todas partes. Cuando los amigos descubren algo fuera de lo común en el bosque, Matti está seguro: tienen que averiguar de qué se trata!

Una historia contada con cariño sobre grandes ejemplos a seguir, pequeños héroes y amigos con los que se puede contar.



Para quienes quieren saber
qué los espera detrás del próximo árbol
y prefieren descubrirlo juntos.

*Falkenried.
Más que un lugar.
Un hogar.*

